HARLEQUIN®

Bianca®



Viaje de placer

Kathryn Ross

Viaje de placer

Kathryn Ross



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2006 Kathryn Ross. Todos los derechos reservados.
VIAJE DE PLACER, Nº 1726 - marzo 2010
Título original: Taken by the Tycoon
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2007

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Bianca son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8344-3
Editor responsable: Luis Pugni

Capítulo 1

SUS MIRADAS se encontraron por encima de la mesa de la sala de juntas y Nicole sintió la electricidad que había entre ellos, tan intensa que casi crepitaba. Apartó rápidamente la vista.

–Así que, como verán, caballeros –dijo mientras trataba de centrarse en sus notas–, las perspectivas económicas son buenas. Si no surgen nuevas complicaciones, la absorción se completará pronto y la empresa RJ Records será nuestra.

Se produjo un breve aplauso en torno a la mesa acompañado de sonrisas de satisfacción. Pero Luke no sonreía. Seguía mirando a Nicole como si pudiera leer su mente y penetrar directamente en lo más profundo de su alma.

Nicole habría preferido que Luke no la mirara así. Cuando lo hacía, su pulso se aceleraba, se le acaloraba todo el cuerpo y olvidaba lo que estaba pensando, lo que estaba diciendo...

–De manera que lo que debemos hacer ahora...

–Lo que debemos hacer ahora es suspender esta reunión –interrumpió Luke en tono imperativo.

Nicole frunció el ceño y estuvo a punto de decir que aún había algunos puntos importantes que tratar, pero Luke ya se estaba levantando.

–Gracias por su atención, damas y caballeros, pero creo que, teniendo nuestro objetivo al alcance, todos

merecemos terminar temprano. Volveremos a reunirnos mañana por la mañana.

Nicole miró disimuladamente su reloj. Eran las cinco y media. No podía decirse que fuera especialmente temprano, pero dado lo mucho que habían trabajado los días anteriores, aquel día podía considerarse casi una media jornada.

Todo el mundo empezó a levantarse y a charlar animadamente, liberando la tensión de los pasados días.

Nicole reunió sus papeles y los guardó en la cartera. En el otro extremo de la sala, Luke hablaba con su secretaria, Sandy. Estaba apoyado contra el marco de los ventanales, con una vista panorámica de los rascacielos de Miami a sus espaldas. Pero no fue precisamente el paisaje lo que atrajo la mirada de Nicole, sino la envergadura de los hombros de su jefe y lo bien que le sentaba su traje gris marengo.

Ningún hombre tenía derecho a parecer tan atractivo, pensó distraídamente. Luke Santana tenía treinta y seis años y su metro ochenta y cinco era la representación viva de la perfección masculina. Tenía el pelo negro como el azabache y sus ojos eran tan oscuros e intensos que parecían poder leer a través de ella. Era de origen portugués, lo que se percibía ligeramente en su acento. A Nicole le gustaba el tono de su voz, y también le gustaba su aspecto. De hecho, sólo necesitaba mirarlo para sentir un extraño cosquilleo en el estómago. Pero estaba esforzándose por luchar contra aquella atracción... y lo cierto era que cada vez lo llevaba mejor, se dijo con firmeza a la vez que apartaba la mirada de él. Al menos lograba comportarse profesionalmente cuando estaba cerca de él... a pesar de los intensos latidos de su corazón.

Tras charlar un momento con un colega se volvió

para salir... y vio que Luke se interponía entre ella y la puerta.

Nicole apartó un mechón de pelo de su frente y trató de no fijarse en la atenta mirada que su jefe estaba dedicando a su figura.

–Parece que el acuerdo va por buen camino, Nicole.

–Sí, creo que estamos progresando.

Luke asintió antes de añadir en tono desenfadado:

–De todos modos creo que hay algunos detalles que aclarar... y una cifra que me gustaría repasar con detalle.

Nicole entrecerró sus ojos verdes. Había sido muy meticulosa en sus cálculos. ¿Cómo era posible que Luke no estuviera completamente satisfecho?

–¿A qué cifra te refieres?

–No te preocupes ahora por eso. Sólo asegúrate de estar aquí mañana temprano.

El tono de Luke fue ligeramente áspero, pero Nicole ya estaba acostumbrada a ello. Cuando Luke quería algo lo quería ya. La paciencia no era una de sus virtudes.

Asintió.

–Por supuesto, jefe.

Luke la miró con un brillo ligeramente irónico en la mirada.

–Hasta mañana, Nicole –dijo.

Ella sonrió, salió de la sala de juntas y se encaminó hacia el ascensor para subir al despacho a por su bolso.

Aún no había salido del ascensor cuando sonó su móvil.

–¿Nos vemos en tu piso o en el mío? –preguntó una arrogante voz masculina.

Nicole experimentó un estremecimiento de excitación al escuchar la voz de Luke.

–No sé si voy a tener tiempo de verte esta noche –bromeó burlonamente–. Tengo algunas cifras que revisar.

–Yo también tengo algunas cosas que revisar. Concretamente una –Nicole percibió la diversión del tono de Luke, pero también su deseo–. Estaré en tu casa dentro de media hora.

–Mejor que sean tres cuartos de hora –contestó, pensando en prepararse para él–. Si quieres puedo cocinar algo.

Se produjo un breve silencio al otro lado de la línea. No era de extrañar que Luke se hubiera sorprendido. Hasta entonces, Nicole nunca se había ofrecido a cocinar para él. Nicole frunció el ceño, sorprendida por su propia oferta. ¿Por qué había dicho aquello? Su aventura con Luke era meramente carnal... era cierto que Luke la llevaba a veces a comer, pero en el entorno impersonal de algún restaurante caro en el que no fueran a toparse con algún conocido. Una comida en casa sonaba demasiado íntima y hogareña.

–De acuerdo... pero te advierto que estoy hambriento.

Nicole tuvo una repentina imagen de Luke empezando a desnudarla nada más entrar en su apartamento. Aquello era lo que sucedía normalmente. Los ratos que pasaban juntos eran siempre salvajemente seductores, frenéticos. El mero hecho de pensar en ello hizo que todos sus sentidos despertaran de antemano.

–Algo me dice que no te refieres precisamente a la comida –dijo, riendo.

–Lo has captado a la primera.

Nicole oyó que alguien decía algo junto a Luke

–Tengo que dejarte –dijo él un instante después–. Nos vemos luego.

Nicole colgó con el ceño fruncido. ¿Por qué se había ofrecido a cocinar para él? No se consideraba precisamente la típica mujer de su casa.

Se abrieron las puertas del ascensor y pasó a su oficina. Se trataba de un espacio fabuloso con una sala de estar independiente tras cuyos ventanales se extendía la costa de Miami, que en aquellos momentos brillaba bajo el sol de septiembre como una joya. Cuando, dieciocho meses antes, la compañía discográfica Santana le había ofrecido un traslado, Nicole se había aferrado a la oportunidad con ambas manos. Había supuesto un alivio dejar atrás Londres con sus dolorosos recuerdos y empezar de nuevo.

Durante su estancia en los Estados Unidos se había entregado de lleno a su trabajo, lo que había tenido sus compensaciones. Seis meses atrás la habían ascendido a directora de contratación. No estaba nada mal para alguien de treinta y uno. Un sello discográfico como Santana era un negocio muy potente, y para llegar tan alto había tenido que esforzarse especialmente en la sala de juntas para proyectar la imagen de una perfeccionista, impasible e invencible señorita Connell. Aún le asombraba haber podido convencer a la gente de que aquélla era su verdadera forma de ser. A veces le parecía divertido que alguien tan pequeño como ella pudiera estar al mando de alguien.

Todo había marchado bien. Tras un doloroso divorcio le había convenido centrarse en el trabajo y dejar las relaciones personales en segundo plano. Tan sólo había tenido alguna cita ocasional. No quería complicarse las cosas implicándose en una relación con alguien. Entonces, cinco meses atrás, Luke Santana se había presentado en la ciudad. Había pasado dieciocho meses en Europa y, al parecer, habían estado a punto de

conocerse en las oficinas de Londres, pero Nicole se fue justo el día anterior a su llegada. Luke había vuelto a Miami para negociar la compra de RJ Records, una empresa rival, y había elegido a Nicole para que lo ayudara. De pronto, la vida había cambiado de rumbo.

Tener una aventura con su jefe no era precisamente lo más inteligente que podía hacer, y Nicole había luchado con todas sus fuerzas contra la atracción que sentía por él. Pero la locura se apoderó de ella desde el primer momento que lo vio en su despacho.

–Hola, Nicole –saludó desenfadadamente Luke mientras se levantaba para estrechar su mano–. He oído hablar maravillas de ti.

Nicole también había oído hablar de él; sabía que era un empresario implacable que ponía la rentabilidad por encima de todo. Según el *New York Times*, compraba y vendía empresas como si estuviera jugando al Monopoly.

También se había enterado de que nunca había estado casado y, según los rumores, había roto más corazones de mujeres que días tenía el año.

Nicole se había recordado todo aquello al sentir cómo le había afectado el mero hecho de estrechar su mano. Y, decidida a mantener las distancias, se había asegurado de mostrarse especialmente distante y profesional cada vez que estaba con él.

A Luke parecía haberle divertido su actitud, y durante varias semanas se desarrolló un extraño juego del gato y el ratón entre ellos. Cuanto más fría se mostraba Nicole, más encantador se mostraba él. Nicole lo intentó todo para mantener las distancias. Trató de convencerse de que en realidad no le gustaba tanto, de que era demasiado autoritario y dominante y de que estaba demasiado seguro de sí mismo.

Pero la tensión existente entre ellos no dejó de crecer. Entonces, durante una larga reunión de la junta, sus manos se rozaron accidentalmente y Nicole experimentó algo muy parecido a una potente descarga eléctrica. Algo tan trivial le impidió pensar con claridad durante el resto de la reunión. Después, Luke se ofreció a acompañarla a su despacho para recoger unos papeles.

–Has estado muy callada esta tarde –dijo.

–Tengo muchas cosas en qué pensar –contestó Nicole mientras buscaba rápidamente los papeles–. Aquí los tienes –dijo a la vez que se los entregaba–. Comprobarás que todo está en orden.

–Estoy seguro de ello. ¿Qué te parece si quedamos a comer juntos alguna vez?

–¿Para hablar de los papeles?

Luke negó con la cabeza.

–No. Para hablar de esto...

Entonces la besó.

El recuerdo de aquel ardiente beso aún bastaba para que Nicole se acalorara.

El beso de Luke hizo que se derritiera como un cubo de hielo en el desierto.

Luke le hizo el amor allí mismo, en el despacho, y fue algo increíble. Nicole no había experimentado jamás tal pasión. Después hubo un momento en que se sintió horrorizada por lo que había hecho... especialmente cuando recordó que Luke ya estaba preparado para mantener relaciones y llevaba un preservativo consigo. Pero entonces él la besó con tal ternura que el sentimiento de horror se transformó en otro de júbilo.

Se sintió desconcertada por su reacción y tuvo que recordarse que era una mujer de carrera para la que las cuestiones emocionales ocupaban un segundo plano.

Aquel pensamiento la hizo apartarse de él.

–Espero que no saques conclusiones equivocadas de esto –dijo mientras se apresuraba a cubrir su desnudez–. En estos momentos no tengo tiempo para mantener una relación seria.

Probablemente fue una estupidez decir algo así a un hombre como Luke, que la miró con expresión divertida.

–Por mí no hay problema –dijo–. No estoy hecho para mantener relaciones profundas.

–En ese caso, será mejor que olvidemos lo sucedido... ¿de acuerdo? –de algún modo, Nicole logró sonar serena y tranquila, cuando en realidad nunca se había sentido más avergonzada en su vida.

–¡No creo! –Luke habló con firmeza mientras apartaba las manos de Nicole de los botones de su blusa–. Aun no he terminado contigo, señorita Connell...

Por un momento, Nicole pensó que quería volver a hacerle el amor... ¡y lo más preocupante fue reconocer que no le habría importado! Pero, por lo visto, tan sólo estaba ajustándole la ropa.

–Sugiero que tengamos una aventura amorosa –dijo Luke con aparente calma–. Sin complicaciones, sin ataduras... sólo sexo perfecto.

Y aquello era lo que habían tenido durante aquellos meses. Habían mantenido el asunto en secreto para no complicar las cosas en el trabajo. En público se mostraban atentos y respetuosos, pero en privado... en privado su relación era ardiente como el fuego.

Nicole no había tenido nunca una relación como aquélla. El sexo informal era algo que nunca se había permitido. Pero había pasado cinco años inmersa en una compleja relación con su marido, una relación que había acabado mal, de manera que se dijo que no había

ningún mal en divertirse un poco. A fin de cuentas era una mujer de treinta y un años y aquéllos eran tiempos modernos.

Molly, la secretaria de Nicole, entró en el despacho y dejó unas cartas sobre el escritorio.

–¡No esperaba que volvieras tan pronto de la reunión! –dijo, sorprendida al ver a su jefa.

–Luke ha decidido terminarla pronto.

–¡Guau! Debe de estar de buen humor.

–Desde luego –Nicole sonrió y tomó su bolso–. Así que sugiero que te aproveches de ello y termines de trabajar ahora mismo, Molly.

–¡Fantástico! Así tendré tiempo de ir a la floristería a elegir las flores.

–Supongo que ya no falta mucho para el gran día, ¿no? –dijo Nicole, sonriente. Le caía bien Molly, una efervescente joven de veinticinco años totalmente enamorada de su prometido, Jack. De algún modo, verla a ella le hacía conservar su fe en el amor... una fe que quedó gravemente mermada cuando su marido la dejó.

–Cinco semanas a partir del sábado –los ojos de Molly brillaron de felicidad–. De hecho... –Molly desapareció un momento en su despacho y volvió enseguida con un sobre en la mano–. Voy a darte tu invitación ahora –dijo con una sonrisa a la vez que alcanzaba el sobre a Nicole.

–Gracias, Molly –Nicole abrió el sobre y sacó la tarjeta, en la que aparecían dos corazones enlazados por un anillo dorado. Dentro, la invitación iba dirigida a «Nicole y acompañante».

Su primer pensamiento fue que no podía presentarse con Luke... y de pronto experimentó una extraña tristeza.

¿Pero qué le pasaba?, se preguntó a la vez que se

daba un buen zarandeo mental. Su relación con Luke era exactamente como quería que fuera, se dijo con firmeza a la vez que guardaba la invitación en el bolso.

Veinte minutos después detenía su deportivo rojo ante la entrada del edificio en que tenía su apartamento. Se había replanteado su oferta de cocinar para Luke y había decidido parar un momento para comprar unos aperitivos... que tal vez podrían compartir en la cama más tarde. La idea había ido creciendo mientras caminaba por la tienda y había acabado comprando caviar, champán y todo tipo de cosas. Se encaminó hacia el ascensor sintiéndose bastante excitada. La idea de pasar toda una tarde con Luke era realmente atractiva.

Tras dejar las compras en la cocina fue a tomar una rápida ducha. Después eligió una sensual ropa interior roja y un vestido a juego. Tras maquillarse se tomó unos momentos para mirarse en el espejo. Sus ojos destellaban de anticipación, y su piel resplandecía saludablemente. Cualquiera habría pensado que estaba enamorada...

Aquel pensamiento la dejó paralizada.

¡No estaba enamorada! ¡No podía estar enamorada! Estarlo habría supuesto ir en contra de todas las reglas. Aquello era una mera aventura sin ataduras, sin compromisos... y, desde luego, sin amor.

¿Pero por qué se desbocaba su corazón cada vez que Luke la miraba?, preguntó una vocecita en su interior. ¿Por qué le había dolido pensar que no podían asistir a la boda de Molly como pareja?

Cuando sonó el timbre de la puerta sintió una absurda culpabilidad, como si hubiera estado pensando en algo ilegal o inmoral.

Mientras se encaminaba hacia la puerta se dijo que sólo estaba imaginando cosas. No podía enamorarse

de Luke Santana. No era tan estúpida como para hacerlo. Sabía que él no quería una relación profunda, y que saldría corriendo si llegara a sospechar que ella quería algo más de lo que tenían. Además, ¿no se había prometido ella después de su divorcio no volver a enamorarse? El amor sólo llevaba al sufrimiento. En realidad le gustaba que su relación con Luke fuera así. De ese modo podía tomarlo o dejarlo cuando quisiera.

Abrió la puerta sintiéndose un poco mejor.

Luke estaba apoyado contra el marco de la puerta. Llevaba el mismo traje gris marengo que había llevado en la oficina y se estaba aflojando la corbata. No había otra forma de describirlo que como a un hombre abrumadoramente sexy. Nicole sintió que, como de costumbre, su corazón latía más rápido al verlo.

–Siento llegar un poco tarde –dijo Luke con una sonrisa–. Me han entretenido con una llamada.

¿Tomarlo o dejarlo cuando quisiera? ¿A quién trataba de engañar?, pensó Nicole, repentinamente agobiada. Estaba loca por aquel hombre... y profundamente enamorada.

–¿Estás bien? –preguntó Luke mientras pasaba al interior.

–Sí, por supuesto –Nicole hizo un esfuerzo por controlarse de inmediato.

Aquello era un desastre. ¿Qué diablos iba a hacer?